

# LA LIBERTAD

PERIÓDICO SEMANAL

## SUSCRIPCIÓN

Tres meses. . . . 0'75 ptas.  
Seis meses. . . . 1'25 »

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Milagro, 5 pral., á donde se dirigirá toda la correspondencia

## VENTA

Número suelto. . . 0'05 ptas.  
25 ejemplares. . . 0'75 »

## Meditemos

El asesinato de Cánovas.

El hecho es bárbaro, pero sensible. Nos indigna, mas no nos sorprende, como no nos sorprendería en lo sucesivo la repetición de estos crímenes, si subsiste la impenitencia del liberalismo con sus libertades.

Cánovas, que para nosotros los tradicionalistas era tan liberal al uso, no resultaba liberal para los de primera fila y cayó en sus propias redes, víctima de la confusión de ideas que han traído, entre otras, las libertades de asociación y de imprenta que él toleró y proclamó.

Fué gigante en la política moderna. Hablísimo de palabra, defendió con suerte hasta el sofisma y nos dió por restauración lo que jamás lo fué.

Los liberales de todos matices le deben reconocimiento profundo. En hacer antipáticos, odiosos y trasnochados los principios y fines del tradicionalismo español, trabajó como nadie. Fué el puntillero de la desamortización y el que ha coronado la obra del partido moderado; puente entre la España antigua y la España moderna, Cánovas ha roto ese puente y ha establecido el abismo entre los liberales y los que no lo son.

Falsa la base, como es falso el liberalismo en que se apoyaba, fué su vida política, á pesar de sus triunfos, una perpetua equivocación, porque engañándose y atrayendo ha ido restando fuerzas y simpatías; y de esta figura de primera magnitud ha resultado el hombre más liberal de estos tiempos, ciñendo la aureola con que le circundan sus virtudes cívicas, su ciencia y su historia.

El asesinato ha corroborado una vez más los viciosos sistemas de gobernar. Matando anarquistas no se mata el anarquismo, y éste es muy difícil de acabar, porque sus raíces se enseñorearon en toda la tierra y han hecho el conflicto cosmopolita.

Fraternidad diabólica y universal que, rebasando fronteras, ejercen venganza de muertes de españoles manos italianas.

¡Las raras justicias del porvenir!  
Ni se salva España con bayonetas, ni con patibulos, ni con concesiones.

La fuerza embrutece.  
Las libertades modernas corrompen y envilecen, porque descatalogizan.

Es preciso y urgente abdicar de los errores modernos, ó esperar á que la reacción venga sobre ruínas y cadáveres.

Hay que sacar sin vergüenza á Dios del templo y colocarlo en el Estado, en la sociedad y en nuestro corazón.

Porque si damos la espalda á Cristo y despreciamos su redención, dentro de muy poco tiempo todos los que no tengan dinero serán anarquistas, y los ricos déspotas intolerables.

¿Cómo queréis ¡oh modernos legisladores! que sin Dios sean hermanos el pobre y el rico?

¿No veis ya hoy, cómo los pobres sin creencias, muy unidos y organizados

con una fuerza superior á todo humano raciocinio, van con fanatismo al caldo?

Leed, leed los periódicos que ellos leen, y oid sus discursos y... temblad, porque los autorizáis. Pero dadles buen ejemplo, pan y apoyo, y veréis como varían.

Pero el buen ejemplo, el pan y la protección á las clases trabajadoras, no lo pueden dar los partidos, ni las fracciones liberales.

La política moderna divide, porque es egoísta y personal. Y un pueblo dividido va á la destrucción, al caos; porque falta la cohesión en Dios. Falta la unidad católica, timbre de todas las glorias y grandezas españolas. Falta el espíritu de caridad y sacrificio que debe fundar todas las virtudes, privadas y públicas, personales y colectivas.

Las desdichas actuales reclaman grandes sacrificios.

Ciérrese con valor y sin respetos humanos la puerta al mal en todas las esferas sociales, y ábrase la de la verdadera justicia, y ese día dejaremos de ser políticos para ser españoles y hermanos.

Si cogierais, ilustres patriotas, la libertad del Evangelio, estábamos salvados.

La guerra al liberalismo ó sea al pecado social, que nos está matando, acabaría seguramente la de los mambises, la de los tagalos y la llamada del capital y el trabajo.

¡Pobre Sagasta! ¡Pobre Martínez Campos! ¡Pobre Silvela!

Tristes herederos de Cánovas. Mirad la cara de nuestros pobres al saber la muerte de sus hijos en los hospitales de Cuba.

Pensad que las presentes libertades no nos libran de la censura de un puñal ó la bala de un revólver.

¡Dios se apiade de Cánovas y de España degenerada!

¡Desgraciados los pueblos que pierdan el verdadero y práctico sentido religioso, porque se han de quedar sin sentido político y sin sentido común!

A.

## Nuevo atentado

A los muchos crímenes que en los tiempos de libertad que padecemos se van sucediendo con horror y espanto de toda persona que no se halle despojada del instinto social de la humanidad, hay que añadir uno nuevo: el perpetrado el domingo por la tarde en la persona del presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, en el Balneario de Santa Agueda, en Guipúzcoa.

Creemos que, ante crimen tan execrable, toda persona bien nacida sentirá levantarse en su conciencia el grito de la más vehemente indignación, y en más alto grado si, como nosotros, abriga en su alma sentimientos verdaderamente católicos.

Ante tan reciente y espantoso aten-

tado, no estamos en el caso de entrar en investigaciones y apreciaciones sobre el génesis de estos crímenes, perpetrados en las personas de los Reyes y de los jefes de los Estados modernos, tanto en Europa como en América.

La opinión general los atribuye á la masonería, porque vulgarizados ya los secretos de esta secta infernal, han llegado á conocimiento de todos sus procedimientos inicuos.

Pero sea de esto lo que quiera, claramente se desprende que, una sociedad civil en la cual tan frecuentemente se suceden tan alarmantes atentados, padece honda enfermedad moral, no es una sociedad sana.

Esto es lo cierto. El mundo político moderno está entregado en cuerpo y alma á las doctrinas disolventes del racionalismo, y como consecuencia, á la práctica franca y descarada de las libertades de perdición, producto y secuela necesaria de los principios racionalistas ó ateos, que es lo mismo.

Con tales principios, con la legitimación de todas las ideas, sean buenas ó sean malas, con la libertad de enseñanza, de asociación, de imprenta y de creencias, nada tiene de extraño y es natural que surjan en la sociedad hombres que crean que puede hacerse todo, incluso el crimen, impunemente, pues así lo exigen los principios de la infernal escuela liberal; escuela sin Dios, sin ley, sin patria y sin autoridad.

¡Cuándo se convencerá el liberalismo de que la sociedad tiene que asentarse sobre una base más firme que la falible razón del hombre con su veleidosa voluntad! Solamente con la santa ley de Dios es como pueden tener paz, orden, estabilidad y respeto en las personas y cosas las sociedades humanas.

(Diario de Alava).

## Un delito más

Pasada la primera impresión producida por el asesinato de que ha sido víctima el Presidente del Consejo de Ministros, hay que convenir en que semejante crimen, considerado en sí mismo y prescindiendo de sus consecuencias, no es ni más ni menos que uno de tantos delitos como los que se ejecutan pública y diariamente; uno de tantos pecados individuales ó sociales de los que se cometen con repetición.

¿Que ha pasado aquí para indignarse de tal modo, que no esté pasando, desgraciadamente, todos los días y á todas horas? Pues lo que ha pasado es que se han conculcado una vez más las leyes divinas y humanas, acción indigna y repugnante, pero también es repugnante, también es indigno, también conculca las leyes divinas y humanas el duelista, el suicida, el jugador, el maestro que enseña doctrinas perniciosas, el periódico que las propaga, etc., etc., y sin embargo, duelos hay con demasiada frecuencia y duelistas son multitud de

ministros y exministros, de diputados y de periodistas que se aterran, se acobardan y se estremecen al ver que un insensato ha hecho, en substancia lo mismo que ellos hacen y aplauden ó toleran: faltar á la ley de Dios y á la social.

Es más; dentro del sano criterio de la teología católica, ese hecho, ese asesinato brutal, que tanta consternación ha producido, es, aunque pecado grave ó mortal, menos grave que los que se cometen contra la fe.

Hablen, pues, de las complicaciones, trastornos y vicisitudes á que la calidad de la víctima podrá dar lugar, pero no se olvide que el hecho en sí no es más censurable que tantos otros que son tolerados por la sociedad actual.

Y no hay que darle vueltas. Mientras haya libertad de pensar, de hablar, de escribir, de asociarse, de enseñar absurdos, de propalar errores se ejecutarán actos criminales con horrible frecuencia. Preciso es atacar á las causas, no sólo á los efectos.

Y preciso es que el ejemplo venga de arriba; porque mientras arriba se falte á las leyes de Dios y de los hombres, abajo se repetirán más brutalmente las consecuencias.

Las gentes que han suprimido ocho mandamientos de la Ley de Dios para quedarse sólo con el quinto y con el séptimo (y ó aun ambos reformados á su modo), no deben extrañarse que otros hayan ido más allá y hayan suprimido los diez de una plumada.

H.

## La corrupción

conduce á la incredulidad.

Dice San Gregorio Niceno: Los hombres que aman mucho las torpezas, por las cuales merecen delante de Dios penas gravísimas, aborrecen el juicio divino, y por esto no quieren creer la vida que en cuerpo y alma habemos de hacer en la eternidad; y conforme á lo que desean y aman, fingen opiniones falsas. Y lo mismo ha sucedido á muchos fieles hijos de la Iglesia, que por haber puesto su corazón en los deleites y en las honras vanas y bienes perecederos del mundo, viendo que la doctrina evangélica y de la Iglesia verdadera de Cristo les ponía freno en estas cosas que les tenían cautivo el corazón, la han aborrecido, y la han negado y se han apartado de la Iglesia. Y esta ha sido una causa muy común y ordinaria de las herejías, amar los hombres desordenadamente las cosas que la verdad evangélica condena y la Iglesia católica prohíbe.

(P. Arias S. J.)



## EL CARDENAL MONESCILLO

Comunicamos á nuestros lectores la triste noticia del fallecimiento del eminentísimo Cardenal Monescillo, martillo de la herejía en todos los terrenos y en todas las jerarquías, y quisiéramos dedicarle una necrología digna de tan sabio purpurado, pero nos lo impide nuestra dimensión del periódico.

Indicaremos algunos detalles que biografía a la ligera su vida y su temperamento en la lucha:

«D. Antolín Monescillo del Viso, hijo de honrados y modestos labradores, nació en Corral de Calatrava (la Mancha) en Septiembre de 1811. Muy niño aún entró de acólito en la catedral de Toledo, donde comenzó su instrucción; á los 13 años ingresó en el Seminario y á los 23 se doctoró en Teología.

Dióse á conocer como literato y escribió mucho sobre disciplina eclesiástica.

De 1835 á 1849 fué cura de almas, y desde la última de dichas fechas hasta 1852, vicario general de Estepa. Entonces fué elevado al canonicato, formando parte del cabildo de la catedral de Granada, y en 1861 entró en el episcopado, ocupando la silla de Calahorra y la Calzada.

En la diócesis de Jaén, donde pasó cuatro años después, le sorprendió la revolución de Septiembre en 1868, y el voto de sus diócesanos le llevó á las Constituyentes como diputado.

En las luchas de nuestro tiempo abordó todos los problemas y defendió los principios de su fe en todos los campos de batalla, hasta en el periodismo, donde empezó á llamar sobre sí la atención del mundo docto. Desde que en Santo Domingo de la Calzada se elevó á la mitra, sus palenques fueron la plática dominical, las pastorales y el libro.

Al eco de su elocuencia, la Academia Española le llamó desde el Burgo de Osma al púlpito de las Trinitarias, á conmemorar el aniversario anual de Cervantes. Su panegírico entusiasmó á la docta corporación. En el decir, fué maestro; en el pensar, de una sublimidad arrebatadora. Las pastorales de Jaén se reproducían en todos los semanarios católicos de España y se traducían al extranjero.

El prestigio de su saber y el prestigio de su carácter, al reunirse, después de la batalla de Alcolea, las Cortes Constituyentes de 1869, le llevaron á aquella Asamblea, no á tomar parte en las deliberaciones jurídicas sobre la evolución social y político que se verificaba, sino para combatir el ateísmo en las Cámaras españolas.

La generación actual necesita que se le recuerde la memoria de aquel momento culminante en la vida del cardenal Monescillo, cuya persona ó figura adquirió, en medio de aquel cuerpo tan rebelde y tan descreído, gran relieve.

«Yo no temo—decía—la libertad cuando constituye la gloria del género humano; yo también vengo del campo de la libertad. Cuarenta años hace definiendo, cuarenta años hace argumentando en el periódico, porque también he sido yo periodista, miserable periodista; he peleado sin cesar en la hoja diaria, en el folleto, en el libro, en la cátedra, y el haber vivido en el campo de la libertad, de la discusión, de la controversia, el haber andado entre hombres de todas clases y opiniones, me ha traído sin duda á estos bancos, y puesto sobre mi cabeza la mitra, de que no soy digno.

Vengo, pues, del campo de la libertad, y no temo á la libertad; antes quiero á la libertad de todas las libertades;

pero no quiero la impunidad del error, ni de la culpa.»

Toda la izquierda intransigente republicana, donde se sentaban los Suñer y Capdevila y los Carrido, tenía verdaderamente avaricia de comerse un obispo.

La misma presidencia de la Cámara, ocupada por Rivero, no quiso ser complaciente y benigna con el Prelado al concederle la palabra media hora antes de la en que debía acabar la reglamentaria de una sesión después de haberle hecho notar Monescillo esta circunstancia y de haber pedido se le reservara su derecho para la sesión del día siguiente. Mas ni aun con esta negativa Monescillo se alteró en la fría impasibilidad y temple de su carácter.

Levantóse pausado, tomó un ademán modesto, emitió con tonos de humildad los primeros acentos de su voz, y dijo: —«Venimos á luchar. No tengo miedo. Yo también soy soldado, y vengo del campo de la lucha, y en él combatiré como vosotros, con mi fe, que es mi convicción; con mi fuerza, que es mi derecho.»

Estas palabras hirieron de tal manera, que el Congreso, por medio de sus diputados ateos, le rindió culto hasta el extremo que la Providencia le concedió la gracia de que reconciliara al Sr. Cervera en sus últimos momentos de vida.

Castelar le propuso para la silla primada, que no fué preconizada á causa de las interrupciones de relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Trasladado de Arzobispo á Valencia, en ésta fué preconizado Cardenal, sermoneando con aquella fácil palabra, aquella dición correcta y profundidad de pensamiento.

Por último se le nombró Primado de Toledo, donde ha muerto con el avance de los años aquella naturaleza que fué de hierro y que la enfermedad le ha tenido mucho tiempo en la cama, dejando documentos de gran valor literario, político y evangélico.

Dios haya recibido en su seno el alma del anciano príncipe de la Iglesia.

## Una instrucción pastoral

El *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Vich*, que hace días tenemos el honor de recibir, publica una Instrucción pastoral del Excelentísimo Sr. Prelado de aquella diócesis, en la que tomando pie de las últimas ejecuciones efectuadas en Barcelona, formula las siguientes preguntas:

«¿La sociedad tiene derecho á ser tan exigente con el criminal, cuando descuida su educación y contempla impávida su carrera de crimen y la perpetración del mismo crimen? ¿La sociedad de nuestros días se ocupa suficientemente de los dos deberes ineludibles de su autoridad, para poder aplicar el castigo que se impone á los transgresores de sus leyes?»

Ambas preguntas son contestadas negativamente, indicando la responsabilidad en que incurre la sociedad ante Dios é incurrirá un día ante la historia cuando ésta se escriba con imparcialidad y pleno conocimiento de causa. Descarta la Iglesia de la parte de responsabilidad que en apariencia podría caberle por haber sido separado su espíritu de la gobernación y dirección de los Estados por el protestantismo, el cesarismo, el regalismo y el liberalismo y por todas las malas pasiones que, á conservar ella su influencia debida, no hubieran podido desbordarse.

«Por otra parte, en la esfera particular, ¿qué puede hacer muchas veces la Iglesia, atendido el modo de ser de la sociedad actual, y sobre todo la organización del trabajo en los grandes talleres, fábricas y ferrocarriles, que absorben al hombre por completo, sin darle tiempo muchas veces, según hemos tenido ocasión de demostrar más de una

vez, de recibir instrucción, ni educación alguna, ni practicar acto alguno de religión durante toda su vida?»

Recíbense los niños á ocho ó nueve años sin instrucción; van creciendo, pasando días, semanas y años, sin que nadie les hable de religión más que para oír blasfemar de ella; llegan á la edad madura en el mismo estado de ignorancia ó depravación, sin que se acerquen á la Iglesia para nada, sin leer un buen libro, sin oír una conversación saludable: ¿qué influencia ha de ejercer la Iglesia para con estos seres desgraciados, retenidos en la ignorancia ó en el odio, por la indiferencia de los padres, el egoísmo y avaricia de las grandes empresas, y el descuido de la sociedad trivial que para las grandes masas, á pesar de los alaridos del socialismo y del anarquismo, no tiene más cuidado que dar libertad, mucha libertad y tiros si se lo procuran ellas mismas; y tiros si se amotinaron para pedirlo, con alguna empresa pública para proporcionar un trabajo impropio del que lo pide y acepta por no morir de hambre? ¿Qué responsabilidad ha de alcanzar á la Iglesia por la pérdida de tantos infelices á quienes no solamente no procura la sociedad enviarle, sino que retiene como dentro de espesas redes por medio de un trabajo impropio y todas las concupiscencias? ¿No es esto una exageración? Basta una superficial observación ejercida en las minas, en las fábricas, en las empresas de carreteras, ferrocarriles, etc., etc. Nuestra misma comarca, un día tan instruida en materias de Religión, se ve invadida por inmigraciones de todas partes que llevan esta vida, y lo más sensible todavía es que la van comunicando muy deprisa á sus habitantes, como está á la vista de todos. ¿Y no sería posible hacer sentir que el hombre no vive sólo de pan, y que la sociedad no subsiste con solo el trabajo y la ganancia, si no va acompañado todo esto de algo que levante el espíritu hacia Dios, hacia lo sobrenatural, hacia lo noble y lo culto?»

«A individuos así preparados se les concede libertad absoluta hasta el instante de la transgresión del delito, como si todo hombre fuese capaz de hacer siempre buen uso de su libertad; y sobre todo, como si no hubiese individuos que por su falta de instrucción, mala educación, perversas inclinaciones, malas compañías, etc., irremisiblemente se lanzaran al abismo del mal y del crimen, si una mano salvadora no les detiene y les guía.

Lejos de esto se permiten periódicos que acaban de exaltarles, garitos que acaban de corromperles, uso de armas, pues para esto deben venderse públicamente, hasta aquellas que nadie puede usar y que constituyen delito cuando han pasado del aparador público al bolsillo del comprador; vagancia y disipación: hay cárceles donde inexorablemente han de perderse los que en ellas penetran: casas de corrección, mejor podrían llamarse de corrupción; cafés, casas de juego, de perdición y tabernas conocidas y reconocidas por todo el mundo por escuelas de inmoralidad y del vicio, focos de corrupción, centros de contratación para el robo y el homicidio, etc., etc. Si uno de los desgraciados de que hablamos penetra en tales centros, entendimientos débiles como tienen muchas veces y corazones perversos azuzados por la crápula y el alcoholismo, y comete un gran crimen, ¿es suya sola la culpa? ¿La sociedad ha cumplido no librando á tiempo á este infeliz de los peligros que dado su modo de ser son seguros escollos para él?

¿La sociedad debe extenderse á ellos que son bien conocidos, y si no lo son deberían serlo, los beneficios de una libertad que apenas puede concederse al hombre honrado, pacífico, instruido y bien educado? Esta es la cuestión. El castigo severo que luego se impone ¿no debería repartirse entre el autor del delito y su cómplice, que de tal puede calificarse el que debiendo tener cuidado de alguno no le vigila, no cuida de él, no

procura apartarle de malas compañías y centros de perdición, que se convierten en causas determinantes del crimen?»

La sociedad que se cree autorizada para arrancar del seno de las familias millares de millares de jóvenes para el ejército, á fin de que vivan en la ociosidad, ó prodiguen sus vidas muchas veces por el capricho ó por culpas de los gobiernos, ¿no estará autorizada para arrancar algunos jóvenes de manos de padres desalmados é incorregibles, ó de centros de perdición, con el fin, no de sacrificarlos, sino de salvarlos y hacer de ellos miembros dignos de ella, honra y auxilio de sus propios padres; ó á lo menos con el de evitar que, creándose en la escuela del crimen, vayan á parar á un patíbulo?

Si la heroína de Mr. Feuillet, presa en flagrante delito, pudo decir á su padrino, representante de una educación sin Dios: «no tenéis derecho á quejaros, soy vuestra discípula», los criminales de una sociedad negligente y descuidada, hasta el punto que acabamos de indicar, ¿no pueden decirle: «no tienes derecho á castigarnos, pues somos tus hijos, y hemos dado los frutos propios y adecuados á la educación que nos has dado, y licencia que nos has concedido.»

Termina el ilustre Prelado recomendando las instituciones católicas, cuya acción benéfica repara en lo posible el daño causado por la indiferencia de nuestros legisladores en estos asuntos.

(Diario de Lérida).

## EL PERIODISMO

### MALES Y REMEDIOS

#### II

En vista de tantos males como nos agobian, ¿cuál es nuestro deber?

Oíamos el año pasado en el Congreso de Limoges al almirante Rallier du Baty decirnos, con elocuente emoción, que durante veinte años los católicos franceses habían gastado muchísimo dinero en multitud de obras sin obtener un éxito completo, por haber olvidado la obra capital, la obra de las obras, juntamente con la predicación, la obra de la buena prensa. Esta es, y no otra, la verdad...

Decía un día monseñor Ketteler: «Si San Pablo bajara de nuevo á la tierra, sería periodista.» No podía expresarse mejor el deber del Clero y de las Ordenes religiosas en nuestra época, y periodista hasta el último día de su vida ha permanecido el ilustre Obispo de Maguncia.

A su ejemplo, el valiente Clero alemán se ha colocado al frente de la prensa católica, se ha constituido su ardiente defensor é infatigable propagador, y gracias á esta poderosa arma, ha cantado victoria sobre el Canciller de Hierro y el Kulturkampf...

Los Párrocos y Coadjutores no se contentaban con escribir; incitaban repetidas veces á sus parroquianos á reemplazar el periódico liberal ó indiferente por periódicos francamente católicos, y no cesaban hasta ver en cada hogar este valeroso predicador que se llama buen periódico, predicador en cierto sentido, de más valer que el sacerdote en el púlpito, porque todos los días, todo el año nos habla: habla á los que no pueden ó no quieren acudir á la iglesia; tiene libertad de decir cosas que no es prudente decir desde el púlpito; ejerce una acción continua, y por tanto muy eficaz, de modo que, al fin y á la postre, se viene á sentir y querer lo que quiere y siente el periódico que con asiduidad se lee.

He manifestado cómo los católicos alemanes han alcanzado victoria, han conquistado su libertad de acción, han abierto las puertas á las Ordenes religiosas, y han formado el Centro Católico, que nosotros estaríamos orgullosos de poseer; puedo añadir también que no de

otro modo que mediante el arma de la buena prensa han cantado victoria en las últimas elecciones nuestros hermanos los católicos de Bélgica.

Ahora bien, católicos franceses: ¿por qué no imitamos el ejemplo de los alemanes y belgas? Sí, indudablemente lo haremos, que por algo somos hijos de los cruzados. Nos consideramos muy honrados al saludar desde aquí á esos admirables religiosos y centenares de clérigos que en todos los ángulos de Francia luchan denodadamente por medio de la palabra y de la pluma contra la mala prensa.

Y nosotros, hijos de San Francisco, ¡adelante, arma al brazo y á ellos, que Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Ha llegado la hora de la gran cruzada; como Pedro el Ermitaño, coloquemos la cruz en todas las manos, decoremos con ella todos los pechos, levantémosla en todo lugar.

Mas al mismo tiempo redoblemos nuestro esfuerzo en favor de la buena prensa, propagando los buenos periódicos, es decir, aquellos que son francamente católicos, aquellos que de hecho se someten en todo á las prescripciones de la Sede Apostólica.

Jamás será excesivo el número de tales periódicos, y nuestro deber es darles medios de vivir en el mayor número posible, ya que en esto, como en todo, cada uno tiene sus gustos, y cuanto más numerosos, tanto ganarán en lectores por su variedad y la mayor influencia de sus partidarios, y tanto más contribuirán, por consiguiente, á la desaparición, por falta de lectores, de los periódicos por el infierno inspirados.

Hay, no obstante, un peligro contra el cual á toda costa es necesario prevenir á los católicos franceses (1). Este peligro es la prensa mundana, la *prensa neutra é incolora* (2) y toda prensa que no se acomode á las enseñanzas de la Santa Sede, á causa de los males á que da origen.

El primer mal que causan estas publicaciones, que leen sobre todo los católicos, es el de privar de innumerables lectores á la buena prensa; el segundo, el de impedir otras lecturas sanas y sustanciosas conformes en todo con el Evangelio; el tercero es poner trabas á la unión de los buenos, lo que sería nuestra fuerza; y el cuarto, finalmente, es servir de obstáculo en las buenas elecciones.

*Acuerdos del tercer Congreso franciscano relativos á la prensa.*

1.º Que los terciarios, á fin de introducir el espíritu cristiano en la familia y en la sociedad, se esfuerzen por cuantos medios estén en su mano por suprimir en su casa y en sus reuniones los malos periódicos reemplazándolos por otros buenos.

2.º Que en toda reunión de los discretos se dé un lugar importante á la cuestión vital de la prensa, y que si se juzga oportuno, se dediquen á este objeto algunos recuerdos de la fraternidad.

3.º Que los terciarios que se encuentren en situación para ello, tomen á su cargo el ser los corresponsales voluntarios de los periódicos católicos, con el fin de proporcionarles informaciones rápidas y exactas, y que, en caso necesario, no vacilen en hacerse periodistas ellos mismos.

4.º Que los sacerdotes pertenecientes á la familia franciscana estudien las injusticias sociales señaladas por León XIII. Que defiendan los principios de la justicia y equidad, no sólo en el púlpito y en las reuniones, si que también en la prensa.

(El Mensajero Seráfico.)

## Cosecha del diablo

Sr. D. Jerónimo Forteza.

Muy Sr. mío y distinguido amigo:

No soy quién, ni lo seré nunca, para terciar en cuestiones literarias y entrometerme en las asperezas y dificultades de la crítica, porque ni á esto me llama la vocación, ni me creo con la preparación suficiente para empresa tan ardua, por más que para algunos deba ser cosa de niños desde que está de moda el que actúe de crítico cualquier imberbe mozo.

Digo esto no en disculpa mía, que ningún pecado creo haya cometido por el solo hecho de emborronar cuatro cuartillas; no para disponer á los lectores en mi favor, que ni merezco ni solicito; sino para hacer constar desde luego que esta carta no trae pretensiones de ninguna especie, y no es más que la expresión clara y concreta de mi pensamiento, que hago público en esta forma, para corresponder dignamente á la cariñosa é inexcusable invitación de usted. De esta manera quedo libre de todo género de responsabilidad, y usted carga con ella.

Dicho lo cual, para explicar mi situación, entro en materia.

He leído su libro *Cosecha del diablo*, y el primer temor que me asalta al tener que decir algo sobre el mismo, es el de no haberlo leído bastante. Y no es ciertamente porque el aburrimiento se haya apoderado de mi espíritu, ni el tedio me haya hecho abandonar la deleitosa tarea de leer sus páginas, sino porque creo que su última obra es de esas que hay que leer detenidamente y volverlas á leer, fijando en ellas toda la atención de que cada uno sea capaz, para poder admirar todas las bellezas de estilo de que están llenas, y aun más que esto, para penetrar el profundo sentido que encierran y que quizá puede pasar inadvertido á una observación superficial. Y esta rara cuanto preciosa cualidad de su libro, ha de ser causa de que para muchos carezca de interés y lo tengan por insubstancial, porque la generalidad de los lectores son gente que no gusta de estas ideas grandes y trascendentales, y que no busca en los escritos otra cosa que impresiones pasajeras, ideas chirles y anécdotas de poco más ó menos.

No he de entrar yo aquí á examinar detenidamente desde el punto de vista literario su obra: repito que carezco de dotes para ello, y por otra parte semejante trabajo sería completamente ocioso desde el momento que lo han hecho con notable acierto distinguidos escritores. Voy á fijarme en una cualidad que le adorna, y en la que seguramente pocos han reparado, ó si han reparado no la han hecho pública como debían: me refiero á la valentía y sinceridad con que usted se expresa.

Estamos tan acostumbrados en nuestros tiempos á ese convencionalismo servil que todo lo invade, que es vana cosa hallar un hombre y más un libro, que digan la verdad sin ambages y rodeos. Parece que ésta nos asusta, y andamos velándola siempre con términos ambiguos, con restricciones arbitrarias y con limitaciones que la desfiguran por completo. Así es que nos hemos acostumbrado á vivir en una atmósfera de farsa general en la que, pretendiendo engañar á todos, concluimos por ser nosotros mismos los engañados.

Contra este vicio capital va el libro de usted, el cual dice las verdades con una ingenuidad aplastante; ¡cómo harán suyo cuanto se dice en *El derecho de comer* nuestros desdichados profesores de instrucción primaria! ¡cuántas personas á quienes todos rendimos pleito homenaje, porque á ello nos obligan las circunstancias, no permitirían que les leyésemos en voz alta el sabroso artículo de *Los millones!* ¡cuántos pedantes pueden verse retratados de cuerpo entero en *Ciencia á la moda* y *La literatura y los literatos!* Y, ¡qué diremos de *Política contemporánea!* Allí no cabe pedir

más. Es decir, si que cabe pedir algo, y yo se lo pediría á usted; que, para darles un mal rato al menos, les enviase un ejemplar de su libro á D... y á D... (Los nombres ya los sabe usted.)

Y esta noble franqueza con que usted dice la verdad sin atender á personas ni á cosas, la tiene también, quizá más que escritor alguno, al hablar de cierta clase de gentes que, valiéndose de la máscara de la piedad para particular provecho suyo, no atesoran en su corazón ni una partecita pequeña del espíritu del Evangelio, viniendo á ser piedra de escándalo para los buenos y pretexto en que los malos pretenden fundar sus ataques á la Religión, que tanto tiene que ver con ellos como la honrada milicia con el soldado traidor y perjuro á su bandera, el cual, mientras vende á sus hermanos, les muestra ser su más verdadero amigo.

Contra éstos y contra los cristianos de nuevo cuño que pretenden armonizar cosas antitéticas; contra los que encienden una vela á Cristo y diez y nueve á Satanás; contra los católicos elegantes que de la piedad hacen un artículo de moda, maneja V. con mano fuerte las disciplinas, y he aquí por qué me encanta su libro. Precisamente coincidimos en este punto de una manera tan completa, que para probarlo voy á copiar, no algún párrafo de V., sino un recorte de lo que yo escribí en cierta ocasión y que bien pudiera considerarse formando parte de cualquiera de los artículos de la *Cosecha del diablo*; ya que no por la forma, que es pobre y ramplona como mía, por el espíritu que lo informa.

Hablando del poco espíritu cristiano con que estas personas celebran la Cuaresma, decía:

«Sí; veréis muchos que llevan sobre su frente la ceniza que una mano consagrada les ha impuesto, pero, ¡cuántas veces esa ceniza brilla con los siniestros resplandores de una soberbia no domada y de una refinada hipocresía! Lo externo es lo que ama el mundo; pero lo externo nada vale cuando no se funda en la debida disposición del espíritu.

»Este es el defecto capital, raíz y fundamento de todas nuestras desdichas, causa de todas las decepciones que sufrimos y de todas las desgracias que lamentamos. Si en la Iglesia de Dios no brillase otra luz sino la de la caridad de los corazones; si de repente se apagasen esas espléndidas iluminaciones que el arte y el dinero preparan á la devoción y que lucen en nuestras fiestas; ¡cuántas obscuras se quedaría muchas veces el templo del Señor! ¡Cuán pocas luminarias arderían y que pobrecitas! ¡cuántos faroles de primera magnitud se verían apagados! Dios lo sabe.

»La exterioridad, las apariencias, el qué dirán: he aquí la esencia de la vida de nuestro siglo en todos los órdenes.

»Hasta la piedad, digámoslo francamente, se ha contaminado de este espíritu mundanal; pero no, la piedad es siempre la misma, los que nos hemos contaminado somos nosotros, los que queremos ser ó parecer católicos.

»Ir á misa de doce, vestidos conforme al último figurín y prendidos con cien alfileres; entrar un ratito en la Virgen ó en las Cuarenta-Horas, cuando la gente después del paseo se agolpa en estos sitios á oír las armonías de una bien templada orquesta; colocarnos detrás de una mesa petitoria en uno de esos días en que la ciudad entera desfila por nuestros templos y ha de fijarse en nosotros; asistir á las funciones solemnes en que se entra por papeleta ó en que hemos de sentarnos en sitio de preferencia; abonarnos á los sermones del predicador que más llame la atención, con el solo objeto de comentar sus palabras, criticar sus defectos y olvidar sus verdades; otras y otras cosas por el estilo son las que á muchos placen y con ellas se contentan. Pero practicar en el silencio las virtudes cristianas; hacer la oración mental y el examen de conciencia; asistir al menesteroso y confortar al desgraciado, llevando á su hogar el socorro del cuerpo y el consuelo del espíritu;

velar por el pobre y el indigente, ilustrando su ignorancia y protegiendo su inocencia; modificar los deseos desordenados del corazón, domando nuestra carne pecadora y ahogando en germen todas las pasiones bajas y rastreras de nuestra alma; sufrir con cristiana resignación las adversidades de la vida, bendiciendo á la Providencia que nos aflige y amando á los hombres que nos persiguen y maltratan; eso... ya es harina de otro costal (1).»

Pongamos punto. Con lo transcrito sobra para que, leyendo su libro y leyendo estos párrafos, vean todos la admirable armonía que entre su pensamiento y el mío existe. Y como creo firmemente que el decir las cosas claras, podrá no ser conveniente á veces, según la prudencia del mundo, pero es muy cristiano, sobre todo en nuestros tiempos en que tantas mentiras andan por ahí sueltas, sin que nadie se atreva á plantarles cara, felicito á usted por su valor nada común, y á los que lean su libro porque en él verán escritas muchas cosas de que todos estamos convencidos, pero que pocos se atreven á decir en la plaza pública como usted las ha dicho.

Y aquí pondría fin á mis pobres reflexiones si este mismo espíritu de sinceridad guiado por el cual dice V. ciertas cosas, no me obligare á mí á decir otras para tranquilidad de mi conciencia.

Su libro está destinado al público, y yo creo que su lectura ha de ser muy provechosa á los que, viendo en él pintados de mano maestra ciertos defectos y miserias de la sociedad actual, procuren huir de los mismos y conservarse libres de su maléfica influencia. Y como su libro está destinado, por su propia índole, á ser leído por muchas personas piadosas, quiero que sepan que no comparto con V. alguna opinión particular que en el mismo he hallado. Me refiero al juicio desfavorable que usted forma de Felipe II y del Santo Tribunal de la Inquisición y que parece desprenderse de las palabras con que á ellos se refiere en las páginas 59 y 62. Mi pensamiento es muy distinto en este punto del de usted. Yo tengo á Felipe II por el rey más grande de España, y veo en él un modelo de hombres honrados y de monarcas cristianos. En cuanto á la Santa Inquisición la considero como un Tribunal respetabilísimo al que debemos el beneficio incomparable de haber conservado en nuestra patria la unidad católica hasta que caímos, en mal hora, en manos de los sectarios del liberalismo (\*).

No es que yo quiera hacer con estas aclaraciones ofensa á su recto criterio y reconocida ilustración; quizá sea mala interpretación dada por mí á sus palabras. Si así fuera, mucho me alegraría de haberme equivocado. Pero ante todo la *verdad*; ya sabe usted que soy apasionado por ella. Porque usted lo es también, he tenido el atrevimiento de escribir este mal artículo en obsequio suyo, y me permito hacer aquí estas observaciones con la seguridad de que usted no ha de tomarlas á mal, sabiendo cuán de *veras* le aprecia su afectísimo amigo,

q. b. s. m.

PABLO MELÉNDEZ.

(1) *La Cuaresma*, núm. 9, año VI de *La Semana Católica* de Valencia.

(\*) Para formar concepto claro sobre estos puntos, deben consultarse principalmente la Historia de los Heterodoxos españoles, por Menéndez Pelayo, en el capítulo que trata de la Inquisición, y las Historias del Santo Oficio, de D. Javier García Rodrigo y don Juan M. Ortí y Lara. Sobre Felipe II deben leerse las obras del Sr. Fernández Montaña: *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, y *Más luz de verdad histórica sobre Felipe II el Prudente y su reinado*.

(Nota de la R.)

(1) Y á los españoles.

(2) Nos permitimos subrayar estas palabras.

## Una carta del Sr. Cánovas

Con el título de *documento curioso*, reproduce *El Tiempo* una carta del señor Cánovas á D. Andrés Borrego. Dice así:

«Sr. D. Andrés Borrego.

»Mi muy estimado amigo: Dispénsame V. si no he contestado antes á la larga é interesante carta política que ha tenido la amabilidad de dirigirme.

»Bien sabe V. lo corto que para todos es el tiempo en Madrid.

»Cada día admiro más la fecunda laboriosidad de V., y estimo más sus dilatados servicios á la causa monárquico-constitucional. Nadie creo yo que ponga en duda la sinceridad de sus intenciones ni el desinterés de sus actos, y por de contado menos yo que nadie. Hace ya muchos años que le conozco y sigo con la atención que merecen todos sus pasos.

»Estoy seguro de que discutiendo usted y yo á solas y con tal franqueza, no pareceríamos tan distantes el uno del otro como da su carta á entender, y de hecho lo estamos.

»También nos entenderíamos bien en público, si, de una parte, hubiese libertad de imprenta, que no la hay al presente, y si de otra me permitiera la prudencia decir todo lo que sé y todo lo que pienso sobre los hombres y las cosas actuales. Entonces no podría V. menos de reconocer con su imparcial criterio que el partido alfonsista no ha podido hacer más de lo que ha hecho para facilitar todo género de honrosas y patrióticas inteligencias. Pero la discusión de este tema á que benévolamente me provoca su carta, sobre ser hoy imposible todavía, agrandaría más los abismos que quisiera V. ver colmados, y aumentaría aún la confusión y la discordia que nos devoran. Mejor será, pues, que aplacemos esta discusión para otro tiempo, ya que no quede reservada á la historia.

»Para mí la Monarquía constitucional, que ni tiene ni puede tener otro representante que D. Alfonso en España, es hoy el único puerto de salvación que queda á los verdaderos liberales españoles.

»Lo he sido toda mi vida y moriré siéndolo con la tenacidad que distingue á todas las convicciones serenas; y doy gracias á Dios de que mi liberalismo esté de acuerdo con mi acendrado espíritu monárquico al defender, como defiende, á D. Alfonso, que es, sin duda, uno de los príncipes de más altas prendas que España ha conocido hasta ahora. Si no fuera lo que es V. Alfonso, crea D. que estaría retirado hace tiempo á la vida privada.

»El partido á que toda mi vida he pertenecido, fué uno de los que hicieron si no es ya que hizo él solo, la revolución de Septiembre. No fui yo, pues, de los vencidos por la revolución, y ella quiso contarme desde el primer día entre los vencedores. Menos fui yo de los vencidos el 3 de Enero del año anterior, y por el contrario, dependió de mí

únicamente el tomar alguna participación en el poder.

»Si, no obstante esto, me declaré voluntariamente vencido en 1868 y me negué á ser uno de los vencedores del 3 de Enero de 1874, fácilmente deberá usted comprender que obedecí en una ocasión y otra á sentimientos patrióticos y honrados. Explicarlos sería entrar aquí en la discusión, que hoy considero imprudente. Permitame V. que la retenga, por ahora al menos.

»Lo único que puedo afirmar es que, no habiendo recibido nunca el menor favor personal de la augusta dinastía de Borbón, ni tampoco agravio alguno personal de los hombres de la revolución de Septiembre, por nada entra la pasión en mi conducta. Toda política que conduzca lealmente al establecimiento de la libertad constitucional en España, tendrá mi sincero, desinteresado y constante apoyo.

»No es culpa mía que, sin D. Alfonso, sea de todo punto imposible, como probablemente lo es, el restablecimiento de la libertad constitucional. O D. Alfonso ó D. Carlos, ó la república federal y el cantonalismo: tales son los términos ineludibles de la cuestión.

»Estoy segurísimo de que V. en su larga experiencia y buen juicio, lo comprende así también, y V. debe estarlo, por su lado, de que yo participo de todos sus generosos sentimientos de unión y concordia. Desgraciadamente, ni V. ni yo bastamos solos para tamaña obra, que necesitaría la negación de muchos y el concurso de todos.

»Con gusto aprovecha esta ocasión para repetirle de V. buen amigo y afectísimo seguro servidor q. b. s. m.,

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.»

## NOTICIAS

La importante resolución acerca de la Bula de la Santa Cruzada que insertamos en nuestro número anterior, está tomada de la Revista Trinitaria que se publica en Roma quincenalmente, y que recomendamos á nuestros lectores.

El precio de suscripción es de siete pesetas al año, y puede verificarse en Madrid, residencia de PP. Trinitarios, calle de Echegaray, núm. 32.

Hemos recibido un ejemplar de la Vida y Novena de San Luis, Obispo de Tolosa, de la Orden de San Francisco, escrita por el R. P. Fr. Mariano Fernández García de la misma Orden, y editada en la tipografía católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

Recomendamos su adquisición á nuestros lectores, puesto que se aproxima el 13 de los corrientes, fecha del sexto centenario de la muerte del glorioso Santo, cuyo cuerpo se venera en nuestra Catedral Basílica, en la que celebrarán solemnes funciones en la fiesta indicada.

Al precio de cincuenta céntimos ejemplar se halla de venta en el Centro

de Suscripciones católicas, Caballeros, 15, entresuelo.

*La cuestión social en el Congreso eclesiástico de Reims.*—Los seiscientos sacerdotes reunidos en el Congreso eclesiástico de Reims, no han podido menos de conceder á la cuestión social toda la importancia que reviste en los tiempos actuales. La cuestión obrera les ha preocupado profundamente, y secundando las altas iniciativas del glorioso Pontífice León XIII, han acordado ejercer en la esfera social una influencia eficaz y decisiva.

Para que la sociedad presente casi paganzada, vuelva á su centro de atracción y recobre la paz y el bienestar moral de que carece, es preciso que el sacerdote influya por modo directo en la vida pública; que no se limite hoy al servicio de los altares y al cuidado de las almas, sino que, ampliando todo lo posible su esfera de acción, se coloque á la cabeza de los Círculos católicos de obreros, intervenga en sus instituciones cooperativas, influya en sus agremiaciones, sociedades de créditos y socorros, y procure constituir las allí donde falten, dando, al efecto, conferencias especiales é influyendo en la propagación de la prensa tecnicociológica que se inspira en los principios económico-sociales del Catolicismo.

Por fortuna, el clero español va penetrándose de este deber, y ya comienzan á constituirse en algunas regiones de España sociedades económicas que vengán á fortificar la vida de los Círculos católicos, centros tan importantísimos hoy día que bien merece la pena de cuantos sacrificios sean necesarios, á fin de que tengan una vida próspera, pues según nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, en el aumento y desarrollo de estos Círculos católicos, está la esperanza del mejoramiento social que todos ansiamos.

## BIBLIOGRAFÍA

*Don Juan II de Aragón y el príncipe de Viana*, por D. Fernando Ruano Prieto, alumno del Colegio de Estudios superiores de Deusto (Bilbao).

Este trabajo, justamente laureado en el Certamen escolar nacional de Zaragoza en Marzo de 1897, es un estudio interesantísimo de un aciago y dramático periodo de la historia española en el siglo XV: las guerras crueles entre don Juan II de Aragón y su primogénito el príncipe de Viana.

En el desempeño de su cometido logró felizmente el joven alumno, ya licenciado en Derecho, salvar los dos peligrosos escollos en que suelen naufragar las obras históricas: son á saber, las generalizaciones arbitrarias y sistemáticas en que se desnaturalizan, truncan y violentan los hechos para ensayarlos en el molde forzado de una tesis filosófica, *subjetiva*, desligada de la realidad y aun reñida con ella, y el no menos peligroso extremo de esas narraciones áridas, des-

labazadas é incoloras, que ni deleitan, ni aleccionan, ó aquellas otras que al artificio retórico de una elegancia fría y sin substancia, sacrifican el sentido ético, el fin docente de la Historia, *maestra de la vida*.

Del tema X del Certamen que, á la verdad, apenas si ofrece más interés que el cuadro de la siniestra ambición de un padre desnaturalizado y las desdichas de un hijo, á quien hacen simpático la justicia é infortunio de su causa y el fin prematuro de una vida no ilustrada por las virtudes públicas de los príncipes insignes, ha logrado el Sr. Ruano hacer un libro, cuya lectura no molesta ni fatiga, y cuyo movimiento y atractivo dramáticos mantiene hasta la última página una prosa gallarda y grave, digna de la severa majestad de la Historia. En numerosas notas de abundante y sólida erudición, halla el lector las ampliaciones y comprobaciones que ha menester y que no podrían intercalarse en el texto, sin romper su unidad, abrumando inútilmente la atención y distrayéndola del principal objeto.

No hay exageración en decir que el estudio histórico, más que ensayo de un muchacho de veinte años, parece razonado fruto de académicos. Y no de los que hace Cánovas.

E. GIL Y ROBLES.

## CRÓNICA RELIGIOSA

AGOSTO.—DOMINGO 15.—La Asunción de Nuestra Señora. *Procesión general. I. P. de siete altares en la Seo*

ROSARIO DE LA AURORA.—En el Colegio Imperial de Niños Huérfanos de San Vicente Ferrer.

CUARENTA HORAS.—Concluyen en la del Santo Hospital general.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno de Nuestra Señora del Pilar.

LUNES 16.—Santos Roque y Jacinto, confesores.

CUARENTA HORAS.—Principian en la Parroquial de Santo Tomás Apóstol.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno de San Vicente.

MARTES 17.—San Liberato, ob. y mr.

CUARENTA HORAS.—Continúan en la Parroquial de Santo Tomás Apóstol.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno de los Santos Reyes.

MIÉRCOLES 18.—Santa Clara de Monte Falcó, v. y Santa Elena, Emperatriz.

CUARENTA HORAS.—Concluyen en la Parroquial de Santo Tomás Apóstol.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno del Santísimo Sacramento.

JUEVES 19.—San Luis, ob. de Tolosa (está su cuerpo en la Catedral de Valencia), y San Mariano, cf.

CUARENTA HORAS.—Principian en la Real Capilla del Milagro

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno de los Santos Apóstoles.

VIERNES 20.—San Bernardo, ab. dr. y fr.

CUARENTA HORAS.—Continúan en la Real Capilla del Milagro.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turno de *Cor-Maria*.

SÁBADO 21.—Santa Juana Francisca Fremiot, vda., fra.

CUARENTA HORAS.—Concluyen en la Real Capilla del Milagro.

ADORACIÓN NOCTURNA.—Turnos de Nuestra Señora de los Desamparados, San Jerónimo y Nuestra Señora del Monte-Olivet.

A. M. D. G.

Imprenta de Manuel Alufre, plaza Pellice rs, 6

# SECCIÓN DE ANUNCIOS

GUANO MONTESANO



MARCA DE FÁBRICA

Abonos especiales y sobre análisis de tierras, preparados según las condiciones de éstas y según la cosecha á que se destinen.

J. A. Sempere.—Caballeros, 15.

VALENCIA

## LA MEJOR LECHE FRESCA

que se vende en Valencia, es en la calle del Pié de la Cruz, núm. 15. Se sirve bajo precinto á domicilio. Precio: 30 céntimos medio litro.

FRANCÉS, INGLÉS Y ALEMÁN

Procedimiento exclusivo BOYER, por el cual no hay que hacer temas ni estudiar nada fuera de la lección del Profesor. Repaso para el Instituto.

GUASTAVINO

Intérprete jurado del Excelentísimo Ayuntamiento y de los Tribunales.

Burguerins, núm. 6, 2.º